

III.

RECUERDOS DE VIAJE.

Aquí se hubiera concluido todo lo que podía decir sobre el famoso monasterio fundado por el héroe de Tarifa, sino me hubiese acudido á la memoria, como un recuerdo vago y débil, que en mi cartera de viaje debia existir algo relativo á San Isidoro del Campo.

Inmediatamente acudí á ella y púseme á hojear los varios papeles y diversos borradores que, de todos tiempos y todas fechas, allí están archivados. No tardé en dar afortunadamente con unos apuntes que cumplian á mi objeto y que me pusieron en camino para hallar lo que sugerido me habia mi memoria.

Todo lo recordé entonces.

Recordé que un dia, camino de Toledo, en ocasion en que iba por vez primera á visitar este monumento de nuestra pasada gloria, trabé familiares relaciones con un viajero de edad avanzada que no parecia español por su esterior y que no lo era en efecto.

Como sucede en viaje, pronto nos hicimos amigos. Era un anciano, francés de origen, de nada comun instruccion, que habia venido para recorrer la España en su juventud y que, seducido por nuestro clima y por las bellezas de nuestro suelo, se habia fijado en ella. Habitaba la poética Andalucía desde la edad de diez y nueve años y no se habia alejado jamás de su segunda patria, como no fuera para cortas expediciones por negocios á la corte española ó á la capital francesa.

No recuerdo precisamente como fué, pero es el caso que nuestra conversacion rodó sobre las ruinas de Itálica, pasando de allí á hablar de San Isi-

doro del Campo. El anciano me hizo del famoso monasterio una descripcion detallada y minuciosa, tanto mas exacta cuanto que él le habia recorrido en época en que estaba ocupado por los monges.

— Muchos años han transcurrido, — me decia mi compañero de viaje — pero jamás olvidaré las dulces emociones que pasé entonces en aquel sitio delicioso, en aquella suntuosa morada, mansion de la virtud y del recogimiento. Recuerdo sobre todo que fuí merecedor de la confianza de un venerable religioso compatriota mio, el cual no vaciló en depositar en mi seno su historia, bien triste por cierto, que mas tarde escribí.

— Ah! la escribió V.? — le pregunté.

— Sí, para que no se me olvidára jamás. Es una leccion de moral, una bella historia, útil ejemplo que aducir para todo el que intente demostrar á lo que conducen las pasiones cuando llegan á romper su freno. La escribí, sí, pero varié los nombres de los personajes que figuran en ella. Quería guardarla para mi instruccion y la de mis hijos, si alguna vez los tenia.

— Me gustaria ver este manuscrito, — me atreví á indicarle.

— Cuando vuelva á Sevilla le enviaré á V. una copia. Acaso V. pueda utilizarla algun dia.

Dos meses despues, cuando ya no me acordaba ni de mi expedicion á Toledo ni de mi compañero de viaje, recibí por el correo un pliego bastante voluminoso. Era el manuscrito que me habia prometido el anciano.

Fuera ya de la impresion del momento, preciso es confesarlo, la historia no tenia para mí el interés que me habia hecho desear su lectura. Así es que la hojé con mirada indiferente y, aun cuando me cautivaron algunas páginas, la metí en mi cartera y allí hubiera dormido hasta Dios sabe cuando, si, como he dicho al principio, un vago recuerdo no me hubiera traído á la memoria mi conversacion pasada.

He buscado pues y hallado el manuscrito, lo he leído mejor y mas detenidamente y, aunque sencilla en su fondo y en su forma, he visto en la historia cierto atractivo, cierto encanto, que mi lectura precipitada no me habia permitido ver la vez primera. He ahí porque le doy un lugar preferente en estas páginas. Al hacer pasar la relacion por el tamiz de mi pobre pluma he tratado de conservarle su espíritu de sencillez, su aire de naturalidad, su giro, si así se me permite decir, anticuado. Nada pierde con ello el interés de la historia y gana mucho el fin altamente moral que se deduce de ella.

Dice así:

EN LA FALTA VA EL CASTIGO.

DESPUES de haber pasado un año entero recorriendo la España, llegué á Sevilla, y esta bella y seductora ciudad me agradó de tal manera que decidí fijar en ella mi residencia. Habitábala ya mucho tiempo hacia, cuando tuve noticia de que una comitiva de jóvenes forasteros, algunos de ellos que me habian sido recomendados, habian decidido visitar el monasterio de San Isidoro del Campo, lugar célebre por los recuerdos que conserva á los ojos del artista y del curioso. Decidí acompañarlos y me uní al efecto con ellos, mas bien con el designio de observar los religiosos que de estudiar el edificio; porque en estas comunidades separadas del resto de los hombres se halla algunas veces aquel carácter de vida sosegada y tranquila, que alimenta el pensamiento convidándole á la contemplacion.

La mayor parte de los monges apenas llamaban la atencion, pero entre todos se distinguia por su figura uno que estaba arrodillado algo lejos de un altar y cerca de una ventana gótica. La luz que penetraba por los vidrios pintados de esta iluminaba vivamente la frente del religioso, y cubria con muy fuerte sombra sus ojos negros y grandes que despedian marcados destellos de melancolía. Quién no habia de detenerse á contemplar aquel cuadro animado? El monge habia á mi parecer fijado involuntariamente los ojos en un crucifijo, y era tan notable la conformidad entre las actitudes, y tan parecida la resignacion del Salvador del mundo y de su adorador, que sorprendidos nos quedamos todos los espectadores.

—Es el padre Casimiro, — nos dijo al oido el monge que nos acompañaba, — el mas severo consigo mismo de toda la comunidad y el mas indulgente con los otros: los infelices, los enfermos y los moribundos hallan en él socorros y consuelos. Jamás oye la relacion de un infortunio con indiferencia, y jamás se imploran en valde sus buenos servicios. Con todo eso, la aus-

teridad de su vida y sus mortificaciones superan los preceptos de nuestra regla; y su humanidad sola nos manifiesta la sensibilidad que le domina.

Lo que dijo nuestro monge acompañante me inspiró el mas vivo interés. Así es que me sentí fuertemente decidido á trabar amistad con el padre Casimiro. Lo intenté y no salieron defraudadas mis esperanzas.

Obligado por mis sinceras demostraciones, atraído por mi exterior, ó arrastrado acaso por su propio impulso, lo cierto es que el digno varon me acogió con una bondad paternal.

—Hijo mio, — me dijo, — es muy extraño que á vuestra edad busqueis una amistad como la mia. Ahora estais en la primavera de vuestra vida, no querais pues anticiparos el otoño; los placeres y la alegría os acompañan, no llameis pues á lo mansion de la tristeza y de la desgracia. Aunque he muerto para todos los placeres, no soy insensible á las dulzuras de la vida. Vuestras ingenuas demostraciones me cautivan y deseo corresponder á ellas.

Habiendo advertido despues mi aficion á las letras, me enseñó algunos manuscritos y libros raros que poseia el monasterio; pero no era esto lo que yo buscaba: la casualidad contribuyó mas que todo á que conociese al padre Casimiro, y con él la historia de sus infortunios y la causa de sus penitencias.

Una mañana, despues de haber llamado inútilmente á la puerta de su celda, abrí, entré, y le ví de rodillas delante de un crucifijo, del cual estaba pendiente un retrato pequeño, que creí al pronto seria de la Virgen. Incierto de si esperaria que acabase su piadoso ejercicio ó me retiraria, me quedé en pié detrás del religioso. Ocultóse este el rostro con las manos, y oyendo que sollozaba, la compasion y la curiosidad me detuvieron en la misma postura. Separó el monge precipitadamente las manos de los ojos, como si el dolor se las hubiese hecho retirar: tomó el retrato, le besó dos veces, le apretó contra su corazon, y comenzó á deshacerse en lágrimas: poco rato despues juntó las manos, levantó los ojos al cielo, pronunció algunas palabras, y dió un hondo suspiro con que al parecer terminaron por aquel instante sus dolores. Reparó en mí al levantarse, y yo, avergonzado, quise disculparme de haberle distraído involuntariamente de su devocion.

—Ay! hijo mio, — me dijo, — no esteis engañado: mis lágrimas no son nacidas de la piedad, sino de la violencia del remordimiento. La historia de mis penas y de mis errores podrá instruiros. Siendo ingénuo y sencillo como lo pareceis, tal vez os vereis espuesto á tentaciones semejantes á las mias; y podreis ser como yo, víctima de una virtud engañada y de una falsa felicidad.

Oid pues mi historia.

Yo me llamé en el siglo San-Julian, descendiente de una familia antigua y respetable, que habia decaido de su primera opulencia á causa de varios reveses de fortuna. Mi padre murió antes que yo pudiese sentir su pérdida, y la indulgencia de mi tierna madre suplió por la atenta vigilancia de los cuidados paternos, sin llenar enteramente su falta. Luego que acabé la carrera de los estudios en la capital de nuestra provincia, me envió á París en compañía de otro jóven de una familia vecina, mas rica que la nuestra, aunque menos antigua. Mi compañero, que se llamaba Hubert, debia seguir la carrera militar, y yo la judicatura; por lo menos así lo querian mi madre y mis tutores.

Sobrabanme elementos para confiar en el buen éxito de mis solicitudes; y mi madre estaba en comprarme una plaza en un tribunal, cuando me hallase en edad para desempeñarla. Hubert despreciaba altamente todos los destinos, y solo estimaba su profesion: antes habia procurado inspirarme los mismos sentimientos, y en la capital se fortificaba mas cada dia esta preocupacion. El orgullo de los oficiales jóvenes, y la altiva superioridad que afectaban sobre sus conciudadanos, despertaron mi emulacion, y disiparon mi timidez. La naturaleza me habia dotado de un pundonor tan estremado, que no podia sufrir, ni aun de mis inferiores, la menor chanza que me hiciese ridículo. El descaro de la ignorancia me subyugaba hasta en las cosas en que yo estaba perfectamente instruido; y á pesar de la seguridad de mis principios, cedia algunas veces á sofismas arrogantes ó á vicios descarados.

El estado á que me destinaba mi madre, exigia reserva, exactitud y decencia, pero las virtudes de una profesion que yo tenia por vergonzosa, me parecian poco recomendables. Sonrojándome de las buenas cualidades con que me habia dotado la naturaleza, procuraba aparentar extravagancias que interiormente despreciaba; y Hubert gozoso triunfaba de mi apostasia. En el colegio me habia granjeado todas las señales de distincion que Hubert habia pretendido inútilmente, pero en París era todo al revés: sus riquezas le permitian gastar mas que yo, y su escarapela le infundia una confianza á que yo no podia aspirar. Cada vez mas alentado en la disipacion y corrupcion de costumbres, Hubert me arrastraba tras de sí, como á un discípulo á quien formaba en el arte de vivir y á quien destinaba á una completa libertad. La indiscreta condescendencia de mi madre por otra parte, me suministraba los medios de acompañar á mis amigos en sus placeres, placeres emponzoñados siempre con mis inquietudes, y siempre seguidos de las reprensiones interiores de mi

conciencia, cuya voz no podia acallar enteramente. Desinteresado, benéfico y virtuoso á escondidas, muchas veces empleaba bien el tiempo y el dinero, y despues me preciaba con mis peligrosos amigos de haberlos gastado en locos devaneos.

Sin embargo, los vicios con que me iba familiarizando, comenzaban ya poco á poco á doblar mi natural rectitud y á familiarizarme con los excesos, cuando la marcha de Hubert, que tuvo orden de incorporarse con su regimiento en Dunquerque, me separó de aquella verdadera gavilla de viciosos. Acompañé á mi amigo, porque así lo quiso, hasta la casa de un pariente suyo, en Picardía, donde pensaba detenerse algun tiempo.

—Te presentaré,— me dijo con aire burlon,— y serás el querido de la casa, porque mi primo Broivillier es tan adusto y tan pedante como tú mismo cuando llegamos á París.

Efectivamente, el digno hombre que me pintaba así, poseía todas las virtudes de que me hacia avergonzar Hubert. El trato con esta familia me hizo volver á adquirir el carácter que las malas compañías me habian hecho perder en París; y su ejemplo y sus principios despertaron y fortificaron mis primeras inclinaciones morales. Pero quien mas que todo contribuyó á volverme á la virtud fué la bella Laura, hija de Broivillier: sus atractivos y su candor le aseguraron bien pronto en mi corazon una superioridad esclusiva sobre las demás personas de su sexo que visitaba en la ciudad. Hubert al contrario, fastidiado de las que él llamaba insípidas prendas de sus parientes, se despidió de nosotros á los tres dias, y me ofreció volver á París, luego que se acabase la mision á que habia sido destinado su regimiento.

—Esto no es vivir,— me dijo abrazándome;— solo se vive en París.

De cuán diversa manera pensaba yo! La presencia de Laura Broivillier era ya mi primera necesidad; ni pensaba mas que en ella ni á otra que ella veía. Su amor formaba mi encanto y mi delicia.

En fin, para abreviar, diré que al poco tiempo Laura me correspondia con igual cariño.

La salud de su padre, que se debilitaba cada dia mas, nos hizo ir á pasar el invierno en París, donde, penetrado de las bondades del enfermo, no me apartaba de su cabecera, obligacion que la compañía de Laura me hacia mas dulce. Pero todos nuestros cuidados y la habilidad de los médicos fueron inútiles: Broivillier murió en nuestros brazos, dejando recomendada su hija á mi amistad. Entonces me atreví por la primera vez á esperar ser

correspondido: uniendo mis lágrimas á las que vertía Laura sobre la tumba de su padre, le pregunté temblando si me contemplaba digno de consolar su aflicción, y ella, muy cándida para disimular y muy sencilla para mostrar afectación, me concedió su mano, queriendo así recompensar y afirmar mis virtudes. Ay hijo mio! Entonces las tenía.

Tanto para disfrutar la luna de miel de nuestro matrimonio, cuanto para poner arreglo en una pequeña heredad que poseía Broivillier en Andalucía, decidimos partir á España y vinimos á Sevilla cuya ciudad habitamos mas de medio año. Entonces fué cuando visité por vez primera este monasterio, cautivándome su magestad, su posición, su grandeza y sobre todo la vida ejemplar de sus monges con quienes tuve familiar trato. Dejéme un recuerdo todo esto difícil de borrar. Acaso presentia ya mi corazón que esta santa casa debía ser un día mi retiro.

Terminados los asuntos que en Sevilla me retenían, partí otra vez á Francia con mi esposa y me fijé en una quinta de provincia donde el mérito de mi Laura igualaba á su felicidad: me atrevo á decirlo así, porque esta memoria es la que mas me remuerde hoy día. San Julian, después criminal, era entonces digno de su ternura.

Habia ya mas de un año que vivíamos en un estado tan feliz, cuando Laura se sintió embarazada. En tal situación padecía yo las inquietudes de un esposo enamorado, y así propuse á mi esposa que fuésemos á París por algunas semanas, donde hallaría para su estado mas socorros de los que podían esperarse en una pobre aldea como era la que mas cerca teníamos de nuestra quinta. Laura me opuso diversos motivos, pero concluyó por aprobar mi resolución. Es verdad que para vencer la repugnancia de mi mujer, se agregó que un amigo que acababa de morir en París me dejaba por su testamentario. En fin, no pudiendo Laura resistir á mis razones, se resignó, y emprendimos el viage á la capital.

Las primeras semanas que estuvimos en París salí poco de mi cuarto, que era el mismo en que el padre de Laura al espirar la habia dejado encargada á mi cuidado. La memoria de estas tiernas escenas daba frecuentemente cierto dulce pero melancólico tinte á nuestras conversaciones. Por lo demás, vivíamos completamente felices y á nadie admitíamos en la tranquilidad de nuestro hogar doméstico. A menudo padecía mi esposa los tristes presentimientos comunes á las mugeres que están en aquella situación: y yo empleaba todo mi cuidado y toda mi ternura en combatir sus temores.

— Ya no volveré á ver nuestra quinta, — decia mi Laura, — pero mi

Enrique se acordará de mí cuando esté en el bosque donde tantas veces nos hemos paseado juntos: cerca del arroyo cuyas márgenes nos sirvieron de asilo, y donde sentíamos sin hablar lo que ninguna lengua, á lo menos la mía, podría decir.....

Aquí el triste monge no pudo resistir á las imágenes que se despertaban en su alma: las lágrimas interrumpieron su narración, y cuando al cabo de un instante la prosiguió, fué con una voz trémula y débil.

— Perdonad, hijo mio, mi llanto..... Tendreis acaso compasión de mí..... ay! mis lágrimas no son siempre tan dulces..... las memorias que acabo de renovar suspenden mis penas..... pero yo no merezco este consuelo..... nó; escuchad la confesión de mis remordimientos.

Laura dió felizmente á luz un niño, y esto disipó sus inquietudes: quiso criarle por sí misma, y se contemplaba feliz en poder cumplir con esta obligación sagrada, escusándose al mismo tiempo con la dificultad de hallar una buena nodriza en París. Habíamos pensado volvernos á nuestra casa de campo luego que la salud de mi esposa lo permitiese, y yo empleaba las horas que tenia por mías en finalizar los asuntos que al morir me habia confiado mi amigo; todo con objeto de que no se retrasase nuestra partida por esta causa.

Un día, al atravesar las Tullerías, me encontré con mi antiguo compañero Hubert, quien me abrazó con un afecto que me sorprendió, porque hacia mucho tiempo que habíamos roto enteramente toda comunicación. Me dijo que habiendo sabido por una casualidad que yo estaba en París, habia hecho inútilmente mil diligencias por hallarme.

No podia darse un encuentro mas temible para mí; ya á veces en mi casa de campo habia oido hablar de las extravagancias de Hubert, de quien se contaban aventuras que parecían increíbles á las cándidas personas no familiarizadas con los excesos que se cometen en las grandes ciudades, y entonces yo sentia interiormente que mi amigo volvia á tomar sobre mí su antiguo ascendiente; así es que me inclinaba ya á escusarle, ya á creer exagerados sus desórdenes. Después de haberme hecho varias preguntas sobre mi felicidad, de la que debia sin duda reírse interiormente, me hizo tantas instancias para que le acompañase un rato aquella noche, que no obstante la obligación que me habia impuesto yo mismo de retirarme temprano, me dió vergüenza confesárselo, y acepté el convite.

Encontré con Hubert á dos oficiales, uno de ellos de mas edad que nosotros, caballero de San Luis y con el grado de coronel, hombre sumamen-

te amable. Con esto se disipó en parte la repugnancia que sentia de estar fuera de casa, y tambien desvaneci6se la idea de la compañia que esperaba tener, tan diferente de la que hall6. De este modo mi alma, reprimida al principio por el carácter que suponía en los amigos de Hubert, se elev6 y ensanch6, dilatada con la confianza y la alegría. Qued6 plenamente complacido del viejo oficial, hombre instruido, profundo y sensible al mismo tiempo: cualidades que no esperaba ciertamente hallar en gentes que estuviesen en relaciones íntimas con Hubert. Nos separamos muy tarde; al despedirnos me convid6 el oficial  comer con él al dia siguiente, y yo acept6 con mucho gusto el convite. No habia tampoco medio de rehusar.

La compañia se anim6 con la asistencia de la hermana del coronel, y una de sus amigas viuda y j6ven, que sin ser una beldad perfecta, poseía la gracia y los atractivos que seducen mas que la hermosura. Si callaba, descubria un dulce abandono lleno de gracias, y la espresion que al hablar tomaba su fisonomía, la hermoseaba admirablemente. Me toc6 por casualidad sentarme junto  ella, y como yo estaba poco acostumbrado al tono de las gentes de mundo, deseaba mas bien que esperaba el parecerle amable: sin embargo, la viuda iba tomando inter6s en hablar conmigo, cuando á pesar nuestro nos hicieron jugar, y se acab6 la conversacion, debo confesarlo, con algun sentimiento de mi parte. A ser yo tan rico como Hubert, me hubiera opuesto  que se jugase recio; pero mi compañera y yo ganábamos tanto que llegamos ya á incomodarnos. La señora de Trenville, que así se llamaba la viuda, invit6 sonri6ndose al coronel  ir el siguiente dia  desquitarse en su casa; y aadi6 con el tono de una franqueza modesta, que como yo habia sido su compañero en las ganancias, esperaba que lo seria tambien en los reveses.

Al principio mi esposa estaba contenta con la distraccion que me ofrecían estos amigos; pero cuando mis ausencias fueron mas frecuentes, cuando en mis visitas  la señora de Trenville consumía dias enteros, Laura comenz6  dejar traslucir un descontento secreto, aunque, prudente y resignada, no dejaba escapar la menor queja. Yo adivin6 sus reconvencciones, las recibí con gusto, y hasta llegué  reusar un convite para el dia siguiente; pero la compañia de mi muger perdía insensiblemente para mí el atractivo con que me habia dominado hasta entonces. Estábamos ambos reflexivos sin comunicarnos nuestros pensamientos; la tristeza se veía pintada en los ojos de Laura, y yo no podia ocultar la mia bajo una alegría fingida.

De all  pocos dias, vi6 Hubert  mi esposa por la vez primera, desde

que estaba en Paris. Se chance6 conmigo por no haber aceptado su último convite, y me hizo otro nuevo, que acept6  instancias de mi muger. Su primo aplaudi6 esta indulgencia chancendose, y yo la abrac6 antes de salirde-sendole que pasase bien la noche: al abrazarla sentí caer una lágrima suya en mi mejilla; y no hubiera salido de casa, si un impulso de falso pundonor no me hubiera obligado  partir. Los amigos notaron mi tristeza, y el mismo Hubert se diverti6 á costa mia: hasta mi amigo el coronel me diriji6 algunas chanzas aunque ligeras sobre el himeneo, y esta fu6 la vez primera que me avergonc6 de ser el único hombre casado que habia en aquella reunion.

Jugamos mas recio y por mas tiempo que antes; pero ocupado enteramente en borrar las sospechas sobre el miedo que me inspiraba mi muger, dej6 subir los envites, perdí una cantidad considerable, y volví  casa con el corazon traspasado. Laura no se dej6 ver hasta por la mañana: cuando se levant6 not6 que estaba incomodada; sus ojos reprendian mi conducta, y yo le hice la injusticia de sentir por ello un secreto despecho.

Hubert que vino para invitarme  que le acompañara  comer, advirti6 la alteracion de Laura, y la pregunt6 por su salud.

—Me encuentro algo mala,—contest6 Laura.

—El campo la restablecer, —dije yo entonces.

—Pues qu6! dejais  Paris?

—Dentro de pocos dias.

—C6mo! quieres alejarte ahora precisamente que tienes tantos motivos para no irte?

—Y qu6 motivos son esos?

—La compañia de los amigos, pero si la amistad es poco para tí, el afecto de una muger como la señora de Trenville.....

Yo no s6 como le miraria, pero Hubert mud6 de conversacion al instante: acaso me ofendí de su libertad menos aun de lo que debiera.

Luego que acabamos de comer, fuimos  casa de esta señora, y la hallamos vestida con una elegancia exquisita, y mas bella de lo que me habia parecido hasta entonces. La sociedad era tambien mas numerosa, y mas animada que los dias anteriores. Se promovió conversacion sobre mi proyectado viaje y Hubert y sus amigos pusieron en ridículo con mucha gracia y muy buen tono, las opiniones, las maneras, y las diversiones de las provincias. La de Trenville no tomaba parte en estas chanzas, y sus ojos me daban á entender que el asunto era demasiado serio para echarle  risa.